

Dios le revelára, cuando hombres y mujeres se desprendieron instantáneamente de cuanto poseían en oro, plata y bronce y pedrería: pendientes, zarcillos, sortijas, brazaletes, collares, piedras preciosas, todo fué entregado para formar con ello el arca, los querubines, los candeleros, el racional, los incensarios y cuanto tenía que servir para el altar y los vasos sagrados; con la misma generosidad ofrecen para los vestidos sacerdotales y cubiertas del *Sancta Sanctorum* las más preciosas telas y los más exquisitos bordados; no se perdona al finísimo cenital, ni al azulado jacinto, ni á la doblemente teñida escaleta, ni á la púrpura; ungüentos, perfumes, aromas y cuanto pueda servir para confeccionar el suavísimo timiama que ha de convertirse en vapores en presencia del Señor, otro tanto es cedido por el pueblo y por los príncipes. ¡Qué fé tan grande la de aquellos hombres! Empiezan á fundirse las bases y los capiteles de las columnas, se extienden las láminas de oro, se labra la madera del cedro y del setín, y no cesan las ofrendas de los fieles hebreos; el oro, la plata, el metal, abundan de tal modo, que Moisés se ve en la precision de publicar á voz de pregonero una orden en que prohíbe dar más regalos al santuario.

Era esta la vez primera en que, reunidos los hombres, quisieron levantar un templo á la Divinidad; es esta, por consiguiente, la primera vez en que todo un pueblo diera un vuelo tan rápido en las alas de la fé, que, franqueando más de quince siglos, representó á lo vivo aquel desprendimiento que formaba el carácter de los primeros fieles de la Iglesia, quienes, apenas se convertían, ponían cuanto poseían á los piés de los Apóstoles. ¿Qué digo? Fué entónces el momento fausto y sublime en que los hombres empezaron á poner por obra todo lo que la divina Mente premeditára tocante á la manifestacion de su gloria, edificando una casa para Dios.

¡ Ah señores! Esto es pasmoso; y para saber en todas sus partes lo sublime del mérito del hombre en realizar estas obras, es necesario registrar la historia y leer lo que en semejantes ocasiones ha hecho y dicho el mismo Dios. Apenas forma David el proyecto de edificar un templo á la Divinidad, ésta se le aparece y lo bendice, prometiéndole la perpetuidad de su reino; y aunque no le permite ocuparse en esta obra, le asegura que un hijo suyo se sentará en su sólio y realizará sus planes. Este hijo era Salomon; demás está decir las maravillas del templo que erigió á la Divinidad; pero no está demás el referir las palabras con que Dios manifestó á este Rey lo complacido que estaba al ver realizada aquella obra religiosa: « He santificado, le dice, esta casa que has edificado, á fin de establecer en ella mi nombre para siempre, y mis ojos y mi corazon estarán ahí todos los dias.» Oid, mortales, y pasmaos al saber cuánto es vuestro poder; oid, y adorad al ser divino, que quiso haceros compañeros suyos en la manifestacion de su gloria. Nada es el incalculable espacio de los cielos y de la tierra para dar lugar al Sér inmenso que los ocupa; y sin embargo, el hombre eleva á este mismo Sér divino una casa, y la consagra á su nombre, y esto basta para que Él la llame el *lugar de su habitacion y de su gloria*, el punto donde tiene fijos su corazon y sus ojos.

Nada era esto, señores, para llenar los altos desig-nios de la Divinidad; el tabernáculo y el templo no eran más que figuras. Rico era aquél, pues se emplearon en sola la fundicion de los utensilios de plata más de setenta mil libras, y más de cuatro mil de oro; sin embargo, todo esto era una figura; más rico era aún el edificio de Salomon, pues para su construccion se reunió el oro y la plata como se ajustan las piedras en el desierto; allí viérais las láminas de oro con bajo-relieves cubriendo el pavimento, las paredes y las bóvedas del Santuario; allí

el altar del incienso, el propiciatorio, los querubines, los incensarios y los vasos, todo de oro; pero ¿qué valia la figura para satisfacer los planes de Dios, que es la realidad por esencia? Por muchas que fuesen las riquezas de aquel templo, no valia éste tanto como la iglesia desmantelada del pobre misionero católico que habita entre los infelices indígenas de los Andes, porque aquello era figura, mientras esto es la realidad.

La ereccion de los templos cristianos era la idea eterna que Dios tuviera, pues eran necesarios para el mismo Dios, desde que determinó vivir entre nosotros como un hermano, en el seno de sus más tiernos objetos. ¡Cosa extraña y singular! El Verbo humanado forma su colegio de Apóstoles; los tiene á su lado tres años; al despedirse de ellos para morir, deja instituido el augusto Sacramento de su cuerpo y sangre; espira en una cruz, resucita, sube glorioso al cielo, y en el discurso de todas sus conversaciones con los discípulos, no encontrareis ni una sola palabra en que les insinúe la ereccion de las basílicas para conservar el divino Sacramento; les anuncia persecuciones, les declara todos sus proyectos, los llama sus amigos, que es lo último que Dios puede decir al hombre; mas de templos nada les dice, sino es que aquel que Salomon edificára era la casa de su padre, y que no quedaria de él piedra sobre piedra. Se vé aquí claramente que el Hijo de Dios dejó al fervor de los creyentes el cargo de corresponder al amor divino, sin querer hacer por su parte más que inspirar; y... ¿lo diré, amados míos? ¿Diré que la humanidad ha correspondido admirablemente á las miras y designios del cielo? Sí, debo decirlo, para gloria del Señor; debo decirlo tambien, en honor de la misma humanidad; debo decirlo, para poner en su lugar el honor de los siglos pasados, el de nuestros abuelos, el de las generaciones que nos han precedido, y, por fin, el vuestro propio.

¡Ah señores! ¡A qué apogeo de gloria no ha subido el espíritu humano con la ereccion de los edificios sagrados! Apenas el Cristianismo pudo mostrar su frente serena con la paz que le diera Constantino, empezó á desarrollarse su admirable genio, sacando á las artes del servilismo y vileza en que las tuviera la supersticion, y ennoblecíendose el hombre de un modo nunca visto de los antiguos tiempos. Ya no es sólo en Jerusalem donde se ha construido un templo á la divinidad; el Oriente y el Occidente se disputan la gloria de los monumentos; la pintura y escultura salen á la arena para disputar el lauro de la victoria á Roma y á Atenas paganas, y Roma y Grecia quedan vencidas. Desde que el Cristianismo consagra las artes en honor de su Dios, ¿qué vale Éfeso con su templo, ni Roma con su Capitolio y Panteon? Nada, señores; todas aquellas maravillas del paganismo son pequeñeces; desde que se echa el primer cimiento de edificios sagrados, toda la humanidad en masa empieza á marchar por las vías de la civilizacion y cultura; siendo muy digno de notarse que, á medida que va progresando, va empleando sus adelantos y luces en honrar á la Divinidad, alzando templos y altares á su nombre.

Mas ¿qué templos y qué altares son erigidos al Señor? ¿Qué materiales emplean los hombres? Aquellos más preciosos que la naturaleza produce, aquellos que la tierra encierra en sus entrañas; el oro, la plata, el bronce, el acero, el plomo, las esmeraldas, el rubí, el jaspe, en fin, lo más exquisito y costoso. Aquí hay millares de hombres que sacaban los más escondidos veneros; allí se tasa, se sierra y se pule el duro mármol, se esculpe el alabastro, se cincela el jaspe, se pule el oro, mientras el escultor está imprimiendo en la insensible piedra todas las pasiones del alma, y formando una estatua colosal; por todas partes no oís sino martillazos, ni veis más que máquinas, ni entendeis otro lenguaje que el de las artes.

Y ¿para qué tanto afán? Tan pronto para formar una fachada que tenga más estatuas que días tiene el año, en donde luzca lo más exquisito del relieve, lo más fino de la escultura y arquitectura, coronando su cima una cruz, que se muestra al mundo como la autora de tanto progreso; tan pronto alzando esbeltas columnas que sobre sus capiteles han de sostener una bóveda inmensa, ó un cimborrio estupendo, que parece estar suspendido en los aires; aquí es un mosaico que á lo vivo nos pinta la creación, la redención, los misterios de Dios y la nobleza del hombre; allí una pintura donde se vé el triunfo de la religión y la derrota del error; ora se eleva una torre que disputa el imperio de las nubes, ora es un obelisco que..... mas ¿á dónde me lleva mi espíritu? ¿Quiero acaso decir lo que es inenarrable? ¿Quién dirá todas las bellezas artísticas que encierra el Vaticano, Santa Sofía, Milan, San Pablo, Colonia, Toledo y Sevilla, basílicas que no podemos mirar sin acordarnos luego de Constantino, de Elena, de los Ambrosios, de los Enríques y Fernandos? ¡Ah, señores! En estos monumentos que van atravesando los siglos, está consignada la grandeza del hombre religioso y el fervor de las edades pasadas; no me detendré ahora en examinar si tienen razón los que llaman siglos de barbarie á los pasados; sólo diré dos cosas; primera, que nosotros conocemos la civilización de Grecia y de Roma por los monumentos artísticos que nos dejaron; segunda, que todo pueblo en donde las artes se inmortalizan en los monumentos religiosos, es un pueblo civilizado y que progresa; por lo demás, fácil es decir que aquellos siglos eran bárbaros, así como es fácil insultar á un difunto, pues estamos seguros de que no ha de responder. Pero, seamos francos, yo confieso que cuando he tenido la dicha de mirar esas basílicas vetustas en que se ve el espíritu religioso y la piedad impresos en aquellas piedras ennegrecidas ya, porque viven en la región de

los rayos hace ocho, nueve, y aún diez siglos; cuando he alzado mis miradas en aquellas naves que se pierden de vista por su desmedida altura; cuando he observado lo atrevido de aquellas torres que elevan sus flechas á los cielos; cuando he visto esto, no he podido ménos de doblar mi rodilla, y decir á los siglos pasados: ¡Gloria y prez sea á vosotros, tiempos venerandos de piedad y de fé; gloria y prez inmortal, que en vano un siglo mezquino querrá despojar á vuestras nobles frentes del lauro de la gloria; que cuando nadie os defiende, os defenderán esas mudas piedras, que con paciencia y maestría cincelábais para ofrecerlas al Señor y erigirle un monumento religioso!

Entre tanto, amados míos, nosotros somos los herederos de la fé de nuestros mayores, somos solidarios de sus hazañas y de sus glorias, y nos consta, por los blasones é historia de cada una de las familias, que siempre se preciaron nuestros ascendientes de ser religiosos, siempre consagraron á Dios lo más precioso que poseían; para Dios eran los estandartes tomados al enemigo; para Dios los despojos de las batallas; para Dios los tesoros y minas; para Dios, por fin, todo cuanto poseían. En su fé, creían que nada valía lo que tenían si no consagraban al culto una parte principal; así lo creían, y así abundaban sus caudales; así eran felices, y así se construyeron esos monumentos modernos, que desde las llanuras del Anahuac, y desde las vértices del Chimborazo, están disputando al viejo mundo sus glorias artístico-religiosas.

¿Qué concluiremos en presencia de estos hechos? Diremos que Dios tiene mucha dignación para con el hombre, y éste gran dignidad para con Dios; diremos que Dios lleva todas las cosas con fuerza y suavidad hasta su último complemento; diremos que queriendo Dios manifestar al mundo la gloria de su omnipotencia y de su

saber, no ha querido emplear toda su fuerza, sino que ha dejado su obra sin acabar, para que el hombre tuviese la gloria de concluirla; diremos, por fin, que Dios ha comunicado al hombre su omnipotencia en parte, y lo ha asociado á su gloria, inspirándole la idea de realzar la Religion por medio de los monumentos religiosos, siendo los mortales á la vez el instrumento con que Dios extiende la gloria de su nombre, y engrandece al mismo hombre. Así, señores, se manifiesta la sabiduría divina y la nobleza y enaltecimiento de los hijos de Adán.

Esta gloria es vuestra, amados míos; vivimos, es verdad, en un siglo tan ilustrado, que no se detiene en gastar sumas inmensas en espectáculos y teatros, y tiembla si tiene que soltar un denario para el culto del Señor; vivimos en una época que se distingue por artística en esos magníficos edificios que dedica á las diversiones, y se proclama pobre de solemnidad en esas chozas que alza para templos; pero ¡gracias al cielo! vosotros no estais infectos de las pestilentes máximas del siglo avaro y egoísta en que vivimos; el cielo es testigo de vuestra noble generosidad. María la ha ido anotando y la tiene impresa en su corazón. Ella os debe este altar, que nuevamente se le ha erigido con vuestra piedad y vuestras limosnas, y será un monumento que publique siempre vuestro amor por la Religion con que tanto os honrais. No se quemará aquí jamás el incienso sin que esté presente ante el acatamiento divino lo que generosamente habeis cedido para gloria de María. No se ofrecerá el augusto sacrificio sin que haya un sufragio por cada una de las personas que han demostrado su piedad hácia María, desprendiéndose de sus haberes terrenos y consagrándolos en su honor: *Omnes viri*, etc., etc.

Venid, pues, devotos hijos de la Reina de los mártires; venid, y sellad con ósculo santo el ara que habeis consagrado al Señor en nombre de su Madre; pedidla hoy

cuanto deseis, que todo quedará concedido; Ella es para todos una Madre amorosa; mas para vosotros es una Madre agradecida. No intento yo recomendaros nuevamente la devoción y el amor hácia la Madre de las Angustias, porque basta mirarla para quedar conmovido y extasiado; vemos en Ella una Madre sumida en el más profundo dolor, por haber perdido al mejor Hijo; vemos reclinado en su regazo el cuerpo exánime del Verbo divino, todo descoyuntado, todo dislacerado por nuestro amor; ¡ah! en presencia de este cuadro de amargura, ¿quién no se reviste de los mismos sentimientos de aflicción que oprimen á María? ¿Quién no derramará una lágrima de amor compasivo hácia tan tierna y desventurada Madre?

Venid, repito, y ya que la amais, ya que cifrais vuestra gloria en consagrar á María vuestros bienes terrenos, ya que le habeis dedicado tambien vuestros corazones, arrojaos con confianza filial ante sus sagradas plantas; adoradlas con religiosa ternura, pues sólo su contacto será un bálsamo que cure las heridas de la culpa, si por desgracia las tuviéreis, un escudo de defensa contra los embates del enemigo, un manantial fecundo de gracia, y de virtud, y de fuerza, y de luz que os anime, que os fortalezca, que os ilumine en la vida y que os guíe á la bienaventuranza. Amen.